
EDITORIAL

Los maestros y pilares del Instituto

El reconocimiento más alto al que se puede aspirar en la medicina es a ser considerado Maestro, no solamente por los estudiantes directos, sino por todos los residentes, médicos, enfermeras y demás miembros de la comunidad, pertenezcan o no a la institución. Este nombramiento está reservado para unas cuantas personas y surge con el tiempo, poco a poco, sin que nadie lo note; llega silencioso, se va colocando y cuando menos nos damos cuenta ya está ahí en boca de todos y decidimos colectivamente llamar Maestro a un miembro de la comunidad, porque de una u otra forma reconocemos que en nuestra educación como médicos, profesionales, investigadores o, mas aún, como seres humanos, hemos sido influenciados positivamente por esa persona. Cuando esto sucede, el Maestro es alguien que está más allá de otros reconocimientos. Ya no parece importar si publicó algo relevante, si curó a muchos enfermos, si recibió premios de alto prestigio nacional o internacional, si fue presidente o no de academias. De hecho, los llamamos Maestro sin conocer en realidad la mayor parte de su currículo, porque este apelativo no se gana sólo por la obra realizada, sino que se requiere algo más: humanismo, humildad, cariño por el ser humano, pasión por servir, tolerancia, vida ejemplar,

amor por el prójimo, sabiduría y senectud.

En el Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán hemos tenido la fortuna de tener varios de estos Maestros, comenzando –por supuesto– por el Maestro Zubirán. Los que lo conocimos constatamos su amabilidad, su disposición incondicional a la enseñanza, su carácter duro, pero siempre recto y con la visión puesta en el beneficio de la salud de los mexicanos. Falleció hace quince años, pero nos dejó sus enseñanzas y un instituto que no solamente lleva su nombre, sino también su espíritu y que orgullosamente se reconoce como una institución de clase mundial.

En este año desafortunadamente perdimos al Maestro Jorge Elías Dib. Gran cirujano, siempre amable, de conversación interesante, sabía escuchar, gozaba la amistad y se acercaba a chicos y grandes con la naturalidad del inocente. Todos admirábamos su bonhomía. Fundador de la urología mexicana, fue maestro de muchos urólogos, uno de los cuales está en transición de cambiar el nombre de Fernando por el de Maestro. Nadie describió mejor al Dr. Elías Dib que mi buen amigo Mariano Sotomayor, en el homenaje que le escribió el día de su muerte: “El Dr. Elías fue sin duda el ejemplo a seguir, jamás lo

oí hablar mal de nadie, fue promotor de la amistad y la armonía. Nos deja la vara muy alta. Lo extrañaremos mucho, fue una persona integral: excelente médico, inigualable esposo y padre, abuelo amoroso, generoso maestro y amigo, promotor de la urología mexicana”.

Se nos fue el maestro Elías, pero nos dejó generaciones de urólogos y alumnos que siguen su ejemplo y sabemos que su espíritu seguirá rondando todos los días por los pasillos de la institución, susurrándonos al oído *carpe diem*, porque si alguien gozaba de la vida, era él.

Por fortuna tenemos más ejemplos todavía con nosotros. En febrero 2013 festejamos con un concierto los 90 años de vida del Maestro José de Jesús Villalobos, gastroenterólogo, médico de gran calidad humana, siempre amable y dispuesto a servir a los demás. Fue maestro de decenas de generaciones de especialistas, entre los cuales hay al menos dos que algunos miembros de la comunidad ya empiezan a llamarlos Maestros, aunque muchos todavía les dicen Javier y David.

El maestro Rubén Lisker, a quien Ruy Pérez Tamayo considera la persona más inteligente que conoce, es otro de los grandes maestros del Instituto. Originalmente hematólogo, se convirtió en genetista y fundó dicho depar-

tamento en el Instituto. Querido por todos los investigadores científicos del país. Realizó investigación de la más alta calidad y sigue siendo un ejemplo a seguir. Su impacto en múltiples generaciones es tal, que es de los maestros que transciende las rejas del Instituto, porque he sido testigo de que este apelativo en su persona no sólo se aplica en Nutrición, sino que en general a investigadores de los Institutos Nacionales de Salud, de la UNAM y de varias universidades en el interior de la República. Cuando levanta la mano en una sesión todos callan porque nadie se quiere perder lo que tiene que decir.

Lo dejo al final porque lo consideramos hoy en día como el pilar más importante de la institución, el maestro más querido y respetado por todos, y a quien acudimos con frecuencia para solicitar un consejo, una idea, un consuelo o palabras de estímulo ante cualquier situación que se nos presenta. Admiramos su amabilidad y sabiduría. Siempre

analiza los problemas desde la perspectiva de todos y tiene el consejo apropiado. Se refiere a cada una de las personas con tanto respeto y gentileza que es de admirarse. Recuerdo que cuando éramos residentes y él era Director General del Instituto, si al pasar por la dirección veíamos la puerta abierta, con toda naturalidad nos asomábamos para ver si estaba ahí y saludarlo. Siempre tenía tiempo para cada uno de nosotros y nos conocía por nombre propio. Muchos de los que hoy ocupamos un lugar relevante en el Instituto y en la medicina mexicana se lo debemos en parte a él. Mi carrera, como la de varias personas del Instituto, no hubiera sido posible sin su apoyo. Creyó en nosotros y nos dio su voto de confianza. Grandísimo cirujano, como pocos. Hombre amable, gentil, sabio, con la sonrisa siempre lista para recibirnos, con quien al hablar de cualquier tema se tiene la seguridad de que vamos a aprender algo nuevo. Si George Lucas fuera

mexicano, en la *Guerra de las Galaxias* el maestro Yoda se llamaría Manuel Campuzano.

Inicié este editorial diciendo que el reconocimiento más alto en la medicina es que lo llamen a uno Maestro. Me permito, sin embargo, terminar con la reflexión de que es posible que exista un apelativo superior al de Maestro, porque he notado que algunos cirujanos que tienen el perfil para algún día ser Maestros, ya no le dicen a Campuzano Maestro, sino “el Profe”.

Gerardo Gamba

Editor en Jefe.
Revista de Investigación Clínica.
Unidad de Fisiología Molecular
Instituto Nacional de Ciencias Médicas y
Nutrición Salvador Zubirán e
Instituto de Investigaciones Biomédicas
Universidad Nacional Autónoma
de México.

Correo electrónico:
gamba@biomedicas.unam.mx